

Hebe Uhart

# De aquí para allá



Adriana Hidalgo editora

Uhart, Hebe  
De aquí para allá / Hebe Uhart. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires:  
Adriana Hidalgo editora, 2016  
184 p.; 20 x 13 cm.

ISBN 978-987-3793-95-0

1. Narrativa Argentina Contemporánea. I. Título.  
CDD A863

DE AQUÍ PARA ALLÁ

*la lengua / crónica*

Editor: Fabián Lebenglik  
Diseño: Gabriela Di Giuseppe

1ª edición en Argentina  
1ª edición en España

© Hebe Uhart  
© Adriana Hidalgo editora S.A., 2016  
[www.adrianahidalgo.com](http://www.adrianahidalgo.com)

ISBN Argentina: 978-987-3793-95-0  
ISBN España: 978-84-15851-90-5

Maqueta original: Eduardo Stupía

Impreso en Argentina  
*Printed in Argentina*  
Queda hecho el depósito que indica la ley 11.723

Prohibida la reproducción parcial o total sin permiso escrito  
de la editorial. Todos los derechos reservados.

## PRÓLOGO

¿Por qué se me ocurrió escribir sobre las comunidades indígenas en sus distintos contextos? Cuando tengo una inclinación, primero la sigo y después me pregunto por qué. Lo mismo me pasó con los paraguayos, me gustaban mucho y después me pregunté por la causa, y entonces pensé: “Porque son alegres y muy vitales”. Fui tres veces a Asunción y siempre me gustó ir. ¿Y por qué las etnias indígenas? Yo apunto a mis deseos, pero también obro por pequeños avances sucesivos. En mi viaje anterior había ido a Los Toldos, que queda a unas cuatro horas en micro de Buenos Aires; allí tuve una inolvidable charla con don Haroldo Coliqueo, médico cirujano, estudioso de los temas de su comunidad, descendiente del gran cacique Ignacio Coliqueo, y fundador de la primera y única clínica médica de Los Toldos. En Los Toldos abundan los apellidos Coliqueo y Cayuqueo, son médicos, veterinarios, maestros, remiseros. En la plaza del pueblo, hay un busto de Coliqueo. La gente de Lincoln, que queda cerca de Los Toldos, cuando les viene un desborde de bronca dicen: “Me salió el Coliqueo de adentro”. Don Haroldo me dijo: “¿Por qué no dicen ‘me salió el pirata Drake de adentro?’”.

También en Azul, en el viaje anterior había visitado a Marta Catriel. En una repisa de su living tenía la foto de dos muchachos de unos veinte años, uno indio y el otro blanco, fuertemente tomados de la mano con familiaridad de hermanos o muy amigos, aterrados por el fognazo de la máquina fotográfica (alrededor de 1900). Pregunté: “¿Quiénes son ellos, Marta?”. “Son mis tíos bisabuelos.” “¿Y el blanquito, Marta?” “Él era hijo de cautivo.” Y ahí me formé otra idea de los cautivos, ya que muchas veces se criaban como hermanos o como primos. El gran cacique Calfucurá llegó a tener más cautivos que indios en sus tolderías y de todas esas relaciones, aprendizajes mutuos, ha quedado muy poco registro escrito. Entonces quise saber más de aquellos que, teniendo en cuenta a la mayoría de los países de América Latina, forman más de la mitad de la población. No siempre tienen en claro los mestizos criollos que tienen un antepasado indio, pero lo sepan o no, lo acepten o no, me parece que hay algo propio del criollo que es distinto al inmigrante: este trae las angustias de la pobreza pasada, por eso ahorra para el futuro y pone su dinero en casas. En las sociedades indígenas cercanas al monte o la selva, estos eran más importantes que la casa: el monte era el que proveía alimento, trabajo y diversión.

En este libro cuento la visita a los wichis y a los quom. En Tartagal, me contaron cómo el abuelo le pedía permiso al dueño del monte para entrar (una divinidad). Visité en Resistencia una hermosa escuela con un noventa y cinco por ciento de alumnos tobas, cuyo director, alto

y hermoso, que maneja la misma bibliografía que todos nosotros conoció los caramelos y las malas palabras recién a los nueve años, cuando se mudaron del monte a Resistencia; en la selva no había malas palabras, había palabras tabú. Pero había una gran valoración del silencio, y cuando él llegó a la ciudad, pensó que los chicos de Resistencia hablaban mucho pero sin contenido. Y esa persona tiene su infancia en la selva y su vida posterior en la ciudad, dos mundos. En mis viajes reforcé mi creencia de que este mundo está hecho de mezcla y en todas las etnias que visité encontré lo antiguo mezclado con lo actual; la tecnología está en todos lados. En Otavalo, Ecuador, donde los indios se han enriquecido y han desplazado a los mestizos del centro de la ciudad, se puede ver a una señora con traje regional, sentadita en un rincón manejando un celular o una computadora de bolsillo. Yo ahí me alojé en El Indio Inn, hermoso hotel, muy bien atendido. Los dueños, indios; los empleados, mestizos.

Agradezco a todas las personas de las comunidades porque de todas aprendí algo, son demasiadas para nombrarlas, pero quisiera recordar a Teresa Epuyén, con la que sentí afinidad de inmediato y ella conmigo.

## DOS CIUDADES Y UN RÍO

En las costas del río Negro, hay dos ciudades, Carmen de Patagones y Viedma. Carmen de Patagones es la última ciudad de la provincia de Buenos Aires y Viedma la capital de Río Negro. Si uno se sienta a tomar un café en Viedma a la orilla del río, se ve claramente en la otra orilla a Carmen de Patagones, y se distingue cada casa y la cúpula de la iglesia, de modo que la gente dice: “¿Ves? Allá está mi casa”. Parece una ciudad de juguete. Allá y acá son muy cercanos, se va de una ciudad a otra en diez minutos y se cruzan de rivera y de provincia a cada rato para trabajar, pasear, comprar o porque se olvidaron de algo. Viedma es mucho más nueva que Carmen de Patagones, de hecho se capitalizó oficialmente en 1900. Tiene el aspecto de una ciudad de la provincia de Buenos Aires, y Patagones, como ellos le dicen, tiene el aspecto de una ciudad más vieja para bien y para mal. Para bien porque conservan más que en Viedma las casas viejas (la Casa de la Cultura funciona en un edificio de doscientos años, refaccionado, era de adobe). Pero algunas casas están ahora como descuidadas, despintadas. Viedma tiene la impronta de una capital, aunque no tiene más de 80 000 habitantes. Los de Viedma van apurados por las calles

de su centro mientras hablan por celular, van con cara de gente que tiene una función. Muchos son empleados administrativos, hay más autos, más ministerios que en Patagones. Eso sí, en las dos ciudades hay muchos perros, hasta en el aeropuerto de Viedma hay uno. Un perro convierte lo que se llama un no lugar en un lugar. Ahora Viedma es más importante que Patagones, pero en el museo de esta, se ve una pintura donde Viedma era un pajonal, la nada. Y ya Patagones era un fuerte, la otra orilla no se edificaba porque se inundaba. Antes el río Negro estaba lleno de tráfico de barcos, ahora pueden prescindir de comunicarse por agua, ya que por los dos puentes llegan en un periquete. Cuando el día es soleado, se ve el río lleno de remeros. Desemboca en el Atlántico y los de las dos orillas suelen tener casita en la Boca, o sea en la desembocadura. Antes todos los productos comerciales llegaban por el Atlántico, en barco. En el siglo XIX, los pilotos de las embarcaciones y los prácticos de río eran calabreses.

## Viedma

Me alojo en el Hotel Peumayén, justo frente a la plaza, cerca de la catedral. El hotel es modesto pero muy limpio y la gente que lo atiende, muy cordial. Eso sí, el televisor de la habitación, en vez de mirar a la cama enfoca hacia la puerta de salida, de modo que debería verlo parada y levantando mucho el cuello. La señora

que sirve el desayuno grita mucho. A pesar de que es con autoservicio, ella en persona trae una taza anunciando al mismo tiempo lo que está por hacer:

–Ahora mismo llevo una taza, ¿todo bien?

Y me pongo a pensar que Homero en la *Ilíada* dice que unos pájaros graznaban agujerando el deprimido silencio de la planicie troyana. Y sí, estamos al comienzo de la planicie patagónica. Pero a tres cuadras hay una librería, El Quijote, que parece de Buenos Aires, vende que da calambre. Una señora paga muy contenta un libro muy caro y hojeo el título.

–¿Psicóloga? –le pregunto.

–Psicoanalista –me dice con un dejo de vanidad herida. ¿Cómo me he podido confundir?

A dos cuadras, un muchacho me saluda sonriendo.

–¿Te conozco, yo?

–No, pero me gusta saludar a gente que no conozco –me dice.

Muy bien. Toca entrar a la catedral. Hay algo de patagónico en el altar mayor desolado, la bóveda es toda celeste, como pintada de apuro por manos inexpertas, como si a alguien le hubiera sobrado el celeste. A un costado, alguien le reza a una gran imagen de Ceferino Namuncurá, que tiene muchas flores y un reclinatorio. Los confesionarios están pegados entre sí y se parecen a las cabinas de los locutorios. Frente a Ceferino un enorme cuadro de Zatti, salesiano sonriente de bigotes, también le rezan, parece que ayudaba a la gente y tiene su predicamento. La pila de agua bendita tiene en relieve

algo que quiere ser un chorro de agua y en el centro un pescado de colores, el agua y el pescado parecen hechos en yeso. Ya saliendo, un cartel donde se lee: “Esta catedral se construyó en 1912. El primer templo de 1856 era precario; el segundo se incendió, el tercero se inundó y la inundación afectó los cimientos”.

Hay algo de despojado y a la vez de descuido y de invento no sólo en la catedral, sino también en el edificio posterior que se supone fue el espacio fundacional: es un predio enorme y vacío, embaldosado allá lejos y hace tiempo, con yuyos saliendo de las baldosas. Parece un patio de nadie y sin embargo está rodeado de oficinas, una de ellas es un consulado boliviano.

### **Carmen de Patagones**

Si uno mira hacia el frente, a una cuadra de la plaza, se ve como una meseta con distintos tonos de verde, es el cerro de la Caballada y si se mira a la derecha, está la calle en bajada hacia el río, con sus barquitos. Desde ahí se ve toda la costa de Viedma, la cúpula de su iglesia. El hecho de que la vista del barranco sea tan linda y de que haya un allá tan cercano (si fuera del lugar podría localizar mi hotel), me llena de alegría y seguridad. Son las nueve y treinta de la mañana y este pueblo parece dormir, ¿empezarán el día a las once? Recorro la peatonal hasta que abra el café. En una casa de artículos regionales se lee: “Nuez india adelgazante” y “Llegó Baharat, condimento

árabe”. (Llegó, como cuando los alimentos venían por barco.) Y otro: “Hay huevos de campo, fresquitos”. Y en el negocio vecino: “Taller de cocina espiritual, entregado desde el alma, Oscar Galván, terapeuta ayurvédico”. Y al lado: “Prohibido ingresar con alimentos” (por las dudas, debajo del cartel un pancho y un helado dibujados). Junto a ese local, una casa de vestidos de baile, hay unos zapatos que no parecen servir ni para flamenco ni para clásico, ni para baile árabe, eso sí, parecen abrigados. Por fin abre el café. En un rincón están sentados dos hippies de unos cincuenta años, él con su casaca bordada en oro suave, su pelo blanco y enrulado hasta los hombros y una laptop y ella con su pelo blanco enrubiado, con un teñido hecho en casa, por ella misma, con la firme decisión de que tenga una consistencia de lana, o de algún pasto, para estar acorde con la naturaleza. Tomaron café con medialunas.

### **Cosas de museo**

Carmen de Patagones tiene un museo todo blanco junto al río Negro. En una de las salas hay una pintura de 1829 donde se ven diez casitas y un gran fuerte, y del lado de Viedma, la nada. Hay también una cueva maragata; llaman maragatos a los españoles de Galicia y de León llegados alrededor de 1780. Llegaron con contratos donde les ofrecían instrumentos de labranza, casa, todo fue una ilusión. Muchos quedaron en San José

(Uruguay). En Carmen de Patagones les dieron carpas y ellos hicieron cuevas, que tenían chimeneas.

En otra pared, pedidos: “Amigo Ruan, hazme el favor de separarme dos chinitas que son para el servicio de mi familia”. Y otros pedidos de niños y niñas. Hay también una silla antiquísima que tiene incorporado en el respaldo un cajón con elementos para fumar, este se abre y allí se guarda el tabaco. Está también el retrato de un negro, descendiente de los rescatados por los corsarios. Pero por la calle no se ve ningún negro.

En otra foto, de alrededor de 1880 se ve a los salesianos catequizando a la población indígena: están todos sentados en el suelo, en el pasto, la enseñanza duraba dos días y después los bautizaban. No entenderían nada. Y está el cacique Biguá, amigo del inglés Musters, que escribió el hermoso libro *Vida entre los patagones*. Y bien, Biguá vivió en Patagones. El subdirector del museo es Leonardo Dam, descendiente por parte de padre de alemanes del Volga y por parte de madre de los pueblos originarios. Es profesor de historia, investigador y está haciendo una maestría en Quilmes. Le pregunto por algo que me intriga, el juego de la chueca, que jugaban los indígenas. Me dice sonriendo: “Ah, mi mamá me hablaba siempre del juego de la chueca, es una especie de hockey que se juega con un palo empujando una pelota”. Yo lo vi jugar en Pucón, Chile, y en los toldos de Calfucurá se jugaba. Y añade: “Soy docente de secundario, todos mis alumnos tienen ascendencia indígena, vamos al río a buscar palos para jugar”.

—¿Y sus alumnos tienen conciencia de que descienden de la población nativa?

—No, no asocian. El insulto favorito es “Qué indio que sos”.

—¿Y cómo se relacionaron los maragatos con los nativos?

—Patagones se caracterizó por tener buenas relaciones con pueblos indígenas. En 1857 se firma un tratado importante donde se le reconoce a Yanquetruz toda la margen sur del río Negro.

—¿Y cómo imagina que debió haber sido esto en el siglo XIX?

—No había ruta por tierra de Buenos Aires a Patagones, casi todo desierto de europeos. La comunicación era por barco, que llegaba cuando podía. Unos diez días de viaje. Durante cien años los indios controlaban la comunicación por tierra. Desde Carmen de Patagones se sostuvo a Montevideo por barco con víveres. El puerto de Buenos Aires estaba bloqueado por la guerra con el Brasil.

Leonardo me regala un libro: *Voces del norte de la Patagonia: 1860-1910. Testimonios orales registrados por Emma Nozzi*, y me dice:

—Ella fue el alma máter del museo y en este libro se dedicó a recopilar la memoria oral.

Nos despedimos y me voy a Viedma para leer el libro en el café Sal y fuego que está junto al río, se puede fumar y es un espacio semicerrado, calefaccionado como los cafés de Fráncfort. Aquí se juntan los profesores, intelectuales y notables locales. Es lindo día, los remeros